

La Leyenda
de los Cinco Anillos

Antología
Volumen Dos



LOS
GRANDES CLANES
DE ROKUGAN

MARI MURDOCK • DANIEL LOVAT CLARK

minotauro



LOS GRANDES CLANES DE ROKUGAN

Antología, Volumen Dos

MARI MURDOCK
DANIEL LOVAT CLARK

minotauro

Los grandes clanes de Rokugan: Antología, Volumen Dos

Published by Aconyte Books, 2021

Copyright © 2024 Fantasy Flight Games. Reservados todos los derechos.
La Leyenda de los Cinco Anillos y el logotipo de FFG son marcas comerciales
de Asmodee Group y / o sus afiliados.
Reservados todos los derechos.

Originally published as *The Great Clans of Rokugan*
(*The Collected Novellas, Volume One*)

Publicación de Editorial Planeta, SA. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.
Copyright © 2024 Editorial Planeta, SA, sobre la presente edición.
Reservados todos los derechos.

Traducción: © Daniel Casado Rodríguez, 2023
Imagen de cubierta: Mauro Dal Bo
Mapa: Francesca Baerald

ISBN: 978-84-450-1700-5
Depósito legal: B. 11.905-2023
Printed in EU / Impreso en UE.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Inscríbete en nuestra newsletter en: www.edicionesminotauro.com
Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro
Twitter: @minotaurolibros

ÍNDICE

Susurros de sombra y acero, de Mari Murdock 9

En las arenas ardientes, de Daniel Lovat Clark 145

Susurros de sombra y acero

MARI MURDOCK



CAPÍTULO 1

Bayushi Yojiro se frotó las manos mientras su calesa recorría la avenida Mercantil en Ryokō Owari Toshi, la Ciudad de las Mentiras. El Clan del Escorpión no solía otorgar una segunda oportunidad a nadie, y la suya había adoptado la forma de un exilio en la ciudad más indulgente (y peligrosa) de Rokugan. Se arrebujó detrás del cuello alto de la prenda que llevaba. ¿Qué trampa acechaba detrás de aquella decadencia?

Los adoquines desgastados del famoso Barrio de los Mercaderes eran casi invisibles bajo la muchedumbre que iba de un comercio a otro o se entretenía entre las tiendas de lona. El ruido de percusión de los músicos callejeros con sus platillos hacía vibrar el aire, en el cual se mezclaban unas nubes asfixiantes de perfume embriagador, aceite para cocinar y sudor. Alrededor de los mercaderes y sus clientes, unos montones de madejas de seda, hojas de té secas, frutos exóticos, incienso, especias y artículos de laca se acumulaban y se extendían hasta asemejarse a las montañas del Espinazo del Mundo, de tan altos que eran. Las voces se superponían entre ellas en el estruendo del comercio, pues los mercaderes gritaban sus precios y prometían gangas al tiempo que los compradores regateaban y comparaban la calidad de los productos. Un palanquín de seda roja con un techo con cuernos, quizá el de alguna dama de la nobleza, atravesó la muchedumbre y desapareció tan deprisa como había llegado, alzado sobre la espalda de seis sirvientes musculosos, flotando por encima del estruendo del mercado como una embarcación de recreo sobre el mar embravecido.

Había viajeros de todos los Grandes Clanes en aquel caos de color. Una dama del Clan de la Grulla, vestida con un kimono azul holgado y una corona de flores de seda que decoraba su cabello blanco, inspeccionaba la belleza de unos tapices mientras su *yōjimbō* mantenía a la muchedumbre a raya. Un par de guerreros ariscos del Clan del Unicornio, metidos en botas de piel de oso y armados con cimitarras de la familia Moto, regateaban el precio de una jaula de halcones poco comunes. Un samurái del Clan del Cangrejo altísimo, al que le faltaba una oreja, apartaba a todo el mundo de en medio a base de codazos mientras seguía a las *maiko* de geisha que lo llamaban con la mirada, ataviadas con vestimentas de lujo y soltando risitas mientras se dirigían hacia los transbordadores del puerto para volver al Barrio Rojo.

Yojiro se encogió en su calesa, abrumado por la cantidad de gente y por el ruido que hacía, por aquel lugar tan distinto de las calles immaculadas y espaciosas de Otosan Uchi y sus bazares bien ordenados. Se había marchado de la capital a sabiendas de que se dirigía a un lugar distinto, pues conocía de sobra la reputación que tenía Ryokō Owari de ser «una ruina dorada», pero aquel desorden parecía ser demasiado para él. Tal vez Ryokō Owari Toshi, «la Ciudad del Final del Viaje», estaba lo bastante lejos de los escogidos por el cielo como para evitar la influencia celestial del emperador.

La oscuridad era lo que más perturbaba a Yojiro. Por encima de él, se agitaban filas y filas de estandartes rojinegros del Clan del Escorpión de la ciudad, además de varios grupos de lámparas de papel. Todo ello, colgado de los aleros demasiado anchos de los tejados inclinados, llenaba el aire por encima de él, de modo que parecía tan abarrotado como la calle en sí. Bloqueaba gran parte de la luz solar y arrojaba unas sombras largas y profundas incluso durante el mediodía. La penumbra le jugaba malas pasadas a su vista; una vez, cuando pasó por delante de un mercader, creyó haber visto que vendía cráneos humanos, y no fue hasta que una mujer se llevó uno a la cara cuando se dio cuenta

de que no eran nada más que máscaras de teatro. En otra ocasión, un *oni* con cuernos surgió de una tienda de tofu, y él se llevó una mano a la katana. El demonio resultó ser una niña subida a los hombros de su padre, y sus cuernos, tan solo las trenzas que se había enroscado en lo alto de la cabeza. Yojiro solo podía maldecirse a sí mismo por ser tan iluso un número limitado de veces antes de dejar de mirar directamente.

El hombre que tiraba de la calesa de Yojiro, un plebeyo bronceado por el sol con la cara llena de marcas, se detuvo poco a poco y se quedó mirando hacia delante, como si estuviera esperando algo. El muro de mercaderes y turistas que se había formado entre las mercancías y los puestos era más espeso que nunca, y parecía estar dudando de si debía adentrarse con agresividad en la muchedumbre. Soltó el pasamanos para limpiarse el sudor de la frente.

—Casi hemos llegado al Palacio Shosuro, magistrado —le gritó a Yojiro—. Está un poco más allá por el bazar, tras cruzar la Puerta Piadosa, más allá de la muralla y luego...

—Vale, gracias —dijo Yojiro, para interrumpir la explicación exagerada de la ruta que le estaba dando. La base inclinada de granito y las baldosas escarlatas del palacio se alzaban a tan solo unas calles de distancia, a no más de media hora a pie—. Creo que iré caminando desde aquí.

—No, no, no —objetó el hombre, y volvió a cogerse del pasamanos, aunque no hizo ningún intento de proseguir la marcha—. Me ha dicho hasta el palacio, así que allí lo llevaré.

—Te pagaré por el resto del viaje de todos modos —le aseguró Yojiro, pasando por alto la codicia insistente del hombre. Sacó una bolsita de seda verde del bolsillo, un hueco bien cosido en las profundidades del pecho de su kimono negro y escarlata—. Te he pedido ir hasta el palacio, así que ese es el dinero que recibirás.

El hombre esbozó una sonrisa estúpida, con un aire de autocomplacencia ante su astucia que se dibujaba en las arrugas

de sus mejillas con cicatrices. La penumbra hacía que las arrugas del hombre dieran a su rostro un aspecto más demoníaco que el de la niña pequeña, y Yojiro tuvo que resistirse al impulso de entornar la mirada para asegurarse de que no era así. Le lanzó las monedas al hombre y casi no tuvo tiempo de poner los pies en el suelo antes de que este se desvaneciera, agachado con destreza por un callejón oscuro, con la calesa y todo.

«Esto no le habría pasado nunca a un magistrado esmeralda en Otosan Uchi. Y por parte de un miembro de mi propio clan, para colmo.»

Metió las manos en las mangas del kimono y se adentró entre las masas.

«Supongo que, en un foso lleno de escorpiones, algunos empiezan a comerse entre ellos.»

Como si lo hubiera provocado al pensar en ello, los dedos ágiles de un ladronzuelo le hicieron cosquillas en un costado. Con una mano metida en el bolsillo del costado de Yojiro, el niño hacía como que miraba un perro bailarín un tanto grotesco. Yojiro permitió que el niño con su mano diminuta se alejara, decepcionado, y vio que se acababa metiendo en el mismo callejón que el hombre de la calesa. El rostro de *oni* con cicatrices del plebeyo salió de entre las sombras, cogió al niño del cuello de su prenda, maldijo y se llevó una mano a su propio kimono para mostrarle dónde llevaba Yojiro la bolsa con el dinero. Los ojos se le llenaron de furia cuando vio que Yojiro los miraba desde la muchedumbre, y los conspiradores se desvanecieron en el callejón oscuro una vez más, como ratas en su madriguera.

«Y no son los únicos ladrones.»

Yojiro ya se había percatado de la presencia de decenas de estafadores como aquellos en el bazar, que engañaban a los clientes y también lo hacían entre ellos. Algunos se valían de básculas con un centro falso o cadenas de metales distintos para que un lado pesara más que el otro, otros usaban ábacos con cuentas fijas o columnas móviles para calcular precios y

cantidades de mercancía falsos, y casi todos los mercaderes eran capaces de quedarse con monedas a escondidas o de cortar la cuerda de los bolsos. Algunos incluso intentaban ocultar su afiliación al Clan del Escorpión y se hacían pasar por mercaderes de algún clan menor, con un dialecto rural exagerado y unos disfraces baratos con tejones o zorros mal bordados que de todos modos conseguían engañar a los turistas. Muchos de ellos, como el par de ratas que habían intentado robar a Yojiro, entraban o salían de callejones oscuros flanqueados por paredes altas y cubiertos por techumbres de tejas. La penumbra de aquellos pasadizos estrechos ocultaba sus movimientos, lo que sin duda habían pretendido al construirlos de aquel modo.

Era de esperar en la ciudad más visitada del Clan del Escorpión.

El emblema del Escorpión tejido en la parte frontal de la vestimenta de Yojiro le pareció pesado de repente, una carga. Estaba a la vista de todos, y podían asumir que era uno de esos escorpiones del foso. Un mentiroso, alguien que siempre escondía algo. Podrían pensar eso de él incluso si veían que era samurái, que había jurado seguir los principios sagrados del Bushidō, mediante los cuales obraba según virtudes como la justicia, la sinceridad y el honor. Unas virtudes por las que estaría encantado de dar la vida.

«Pero ¿y tu alma, Yojiro?»

Un recuerdo perturbador asomó en un recoveco de su imaginación. Unos árboles lóbregos, adornados con una armadura vacía y espadas rotas. Un viento helado que mecía las hojas, mientras que todo lo demás permanecía inmóvil.

Lo apartó de la mente de inmediato.

Un estandarte del Clan del Escorpión ondeaba delante de él ante la brisa ligera. La cola del emblema colgaba sobre Yojiro, como si estuviera a punto de picarle, lista y a la espera del momento oportuno.

«¿De verdad soy uno de ellos?»

Paseó por delante de un par de puestos más cuando el ladronzuelo, agazapado y escondido en la penumbra como un goblin, volvió a aparecer. El niño, como si nada, cortó la cuerda del monedero de una mujer alta del Clan del Dragón mientras se escabullía a su lado. En dos pasos, Yojiro se colocó junto a él y lo aferró del hombro con firmeza. Sin decir nada, le quitó el dinero al niño.

—Perdone —llamó a la mujer, y sostuvo el monedero en su dirección—. Me temo que se le ha caído esto.

La mujer miró a Yojiro y al niño con sospecha y le quitó el monedero.

—Sí, es mío —espetó, antes de abrirlo para contar las monedas. Una vez que se cercioró de que lo conservaba todo, suavizó la expresión—. Gracias a Daikoku que no he perdido nada. Le dedicaré una plegaria de más en su templo para agradecersele. —Sonrió hasta que pasó la mirada por el emblema del Escorpión del kimono de Yojiro, tras lo cual se alejó sin volver a mirarlo. Yojiro se mordió el labio. Quizá había sido mala idea acercarse a una Dragón, dadas las circunstancias...

A Yojiro lo habían mandado a Ryokō Owari para mediar en un escándalo que involucraba al Clan del Dragón. A Bayushi Aramoro, hermanastro del Campeón del Clan del Dragón, Bayushi Shoju, lo habían arrestado por matar a un miembro menor de los Dragones. Que un samurái de posición tan alta estuviera involucrado en el asunto amenazaba con romper las relaciones diplomáticas entre los dos clanes, ya de por sí maltrechas.

—Lo acusan de un asesinato sin causa —le había explicado Akodo Toturi durante la reunión privada que habían mantenido en Otosan Uchi. El comportamiento del samurái del Clan del León, siempre inescrutable, había flaqueado ante la dificultad de la situación, y los ojos se le nublaban mientras le daba vueltas a las distintas soluciones—. Normalmente, una muerte sin demasiada importancia como esta no conlleva muchas repercusiones. Sin embargo, la situación actual hace que todo sea más ino-

oportuno, ya que se produce justo después de aquel duelo *iaijutsu* entre Kitsuki Shomon y Bayushi Gensato para resolver un insulto público, en medio de sospechas de que los Escorpiones difundieron rumores para sabotear la petición de los Dragones sobre la Secta de la Tierra Perfecta. Sí, los dos clanes están preparados para enfrentarse. Me han llegado rumores de anulaciones y hasta de tratados transgredidos entre ambos bandos.

—Seguro que no es tan malo como dice, Toturi-sama —le había contestado Yojiro.

—Tal vez, pero Kitsuki Yaruma, el representante del Clan del Dragón en la capital imperial, vino a verme en persona. Insinuó que era posible que se produjera algún embargo comercial contra los Escorpiones, y sé que una jugada como esa exigirá más respuestas políticas. La situación amenaza con salirse de control para el imperio.

Yojiro se había confundido ante todo ello, pues en las reuniones que había mantenido antes con la dama Kachiko y con otros nobles del Clan del Escorpión sobre estrategias diplomáticas a largo plazo no había oído ninguna intención de agravar los problemas políticos entre ellos y los Dragones. Tampoco le entraba en la cabeza que el señor Shoju hubiera permitido que su propio hermanastro se viera implicado en un asunto tan insignificante como la muerte de un miembro menor de un clan, y menos a punto de adentrarse en una batalla política grave. ¡Y mucho menos aún en público! No, no era así como actuaban ellos. Era demasiado descarado, demasiado torpe. Si habían atrapado y encarcelado a Aramoro, era porque él mismo lo había permitido.

«Pero ¿qué beneficio puede sacar nuestro clan de un escándalo como la muerte en público de un miembro del Clan del Dragón?»

Como si el Campeón Esmeralda le hubiera leído la mente, Toturi le había contestado:

—Yojiro-san, no sé qué ventaja intenta sacar el Clan del Es-

corpión al implicar a Aramoro en un asunto como ese, pero los dos podemos aventurarnos a decir que trama algo. Y también podemos decir que lo más seguro es que la gobernadora Shosuro Hyobu y sus administradores vayan a interferir en las investigaciones pertinentes del caso. Ya me he encargado de alguna de las quejas de Yaruma al hacer que retengan a Aramoro en un lugar que no sea los calabozos del Palacio Shosuro y he ordenado que el magistrado esmeralda de la ciudad, Otomo Seno, se encargue de la investigación. Aun así, necesito más garantías en cuanto a todo ello.

—¿Qué me pide el Campeón Esmeralda?

—Sé que ya me ha hecho un gran favor, Yojiro-san, a pesar de que ello iba a afectar a su reputación entre los demás miembros de su clan —había dicho, refiriéndose al torneo del Campeón Esmeralda. Yojiro había ladeado la cabeza, como si no supiera de qué le hablaba. Como supervisor del torneo, Yojiro había advertido a Toturi sobre un complot de los Escorpiones para sabotear el duelo, con lo cual le había ayudado a ganar y había perdido la confianza de su clan. Reconocer algo así en público sería admitir que había actuado en contra de los intereses de su familia.

—No hice nada, mi señor —le había dicho, con una mirada de advertencia.

Por su parte, Toturi había titubeado y había hecho una pausa para retractarse de su afirmación poco apropiada contra el honor de Yojiro.

—Debo de haberme confundido. Mis disculpas. —Un cálculo rápido hizo que adoptara una expresión preocupada antes de volver a hablar—. Sin embargo, ahora debo pedirle, por mi honor, que acuda a Ryokō Owari Toshi como mi representante, para ayudar con la investigación e impedir que se produzca... alguna interferencia.

La petición de Toturi le había tocado una fibra sensible. Su clan ya no confiaba demasiado en él, así que desafiarlo con la

autoridad del Campeón Esmeralda iba a ser un suicidio político.

El conflicto de siempre entre la lealtad hacia el imperio y la lealtad hacia el clan se había vuelto a desatar en su interior. Aun así, le había contestado al Campeón sin dudarle ni un instante.

—Haré lo que me pide.

Si bien su deseo de obedecer a Toturi y de impedir que se produjera algún acto poco honorable que afectara a la investigación era sincero, no podía permitirse otro fracaso en lo concerniente a los Escorpiones.

—¡Me hace daño! —siseó el ladronzuelo, retorciéndose bajo la sujeción de Yojiro, mientras le daba patadas en las espinillas en vano—. ¡Suélteme! —El estómago le dio un vuelco al notar el cabello grasoso del niño y las lágrimas de su expresión triste.

«He frustrado los planes del niño dos veces en lo que va de día.»

Una vez más, su responsabilidad como samurái le exigía hacer algo. Cortesía. Compasión. Yojiro lanzó un puñado de monedas al suelo para el crío antes de soltarlo. El niño recogió el dinero y salió corriendo para escabullirse por alguna otra cloaca. Un vendedor de ungüentos un tanto atrevido se aferró al brazo de Yojiro de repente y le colocó en las narices una caja de crema pastosa que desprendía un hedor ácido. Aquel perfume acre de sulfuro y jengibre fermentado hizo que le picara la nariz.

—¡Para sus arrugas! —exclamó el hombre—. Sus preocupaciones le hacen parecer mayor, mi señor. ¡Pero hoy es su día de suerte! Descubrí esta fórmula después de que Jurōjin me bendijera con un sueño. ¡Una visión de longevidad, sí señor! Mi crema hará que todas sus penas desaparezcan...

Unas llamas surgieron de repente de un puesto de fideos fritos e hizo que los monos que estaban encerrados en jaulas por allí cerca soltaran un grito. Yojiro aprovechó la interrupción para huir y se mezcló con la multitud.

No tardó en meterse en la calle Alabastro, con la esperanza

de sortear el resto del barullo del bazar antes de llegar al Palacio Shosuro. Aquella calle era más estrecha y estaba infestada de desvíos hacia callejones oscuros. Según caminaba a paso ligero, notó una picazón en la nuca y dudó. Pese a que no había nadie en las esquinas oscuras, con el rabillo del ojo le pareció ver que una niebla de color rojo sangre flotaba más allá del final del callejón que le quedaba a la derecha. Se dio media vuelta. El callejón estaba vacío: no era nada más que una sombra vacía.

Yojiro dejó de caminar, se aferró a su katana y la sacó un poco de su vaina.

—¿Quién anda ahí? —gritó.

El ladronzuelo escuálido salió de entre las sombras.

—Se le ha olvidado algo —dijo el niño, con una sonrisa llena de malicia.

—¿Qué se me ha olvidado, criajo?

Yojiro captó el tufo de la piel de alcantarilla demasiado tarde. Alguien le pasó las dos manos por debajo de los brazos hasta colocárselas en la nuca, con lo cual hizo que soltara la empuñadura de la katana y que los brazos se le quedaran inmóviles en el aire. El aliento entrecortado y hediondo y la piel grasosa de su captor hizo que supiera que se trataba del hombre de la calesa. Sin demasiada dificultad, Yojiro se deslizó hacia abajo para librarse de la sujeción del hombre y le clavó un codo en el estómago. El hombre se echó atrás, sin aliento.

Yojiro se volvió para hablar con el niño una vez más, pero este ya se había marchado. En su lugar, el callejón estaba bloqueado por el palanquín de seda roja con el techo con cuernos. Sus seis sirvientes corpulentos lo habían dejado en el suelo y miraban a Yojiro con una ferocidad burda. Desde detrás de la cortina escarlata, salió un hombre de vestimenta elegante. Unas tiras de cuentas de ónice le rodeaban el cuello y los hombros, y tenía varios dientes de oro. El emblema del Clan del Escorpión estaba bordado en el cuello y las mangas de su kimono, aunque fue el brillo retorcido de sus ojos lo que le dio

más información: estaba claro que se trataba de uno de los jefes del crimen de Ryokō Owari.

—El niño tiene razón, magistrado —dijo el hombre, con la voz tranquila y llena de confianza, el tono de alguien acostumbrado a conseguir lo que se proponía. Blandió una pipa larga, de latón y cornalina y con forma de escorpión, para llevársela a la mueca de desdén que esbozaba con los labios, desde donde soltó un humo gris azulado—. Se le ha olvidado que esta no es su jurisdicción. Y, como persona asignada a la guardia ciudadana, soy el encargado de que se haga justicia en estas partes. ¿Verdad, Buyu?

—Por supuesto, Ikku-sama —confirmó el hombre de la calesa, con un dejo de miedo en la voz—. Este barrio es suyo.

—Ja, ja. Exagerado —se rio Ikku—. Pero eso que le ha hecho al pobre niño, robarle su dinero, y lo que le ha hecho ahora al pobre hombre de la calesa... Es inexcusable. Mi deber es mantener la paz en este vecindario, y no puedo tolerar la presencia de ladrones y matones. Al ser magistrado, supongo que lo entenderá.

Yojiro se metió las manos en las mangas, un gesto de humildad fingida mientras calculaba la velocidad a la que podía desenvainar su espada si las palabras no surtían efecto. A pesar del entrenamiento que había recibido, enfrentarse a seis guardias en un callejón estrecho no le iba a ser nada fácil, y no tenía ni idea de cuántos esbirros podía sacar de entre las sombras su rival.

—Perdone mi intrusión, mi señor —le dijo Yojiro, sin hacer caso a la tentación de echar un vistazo hacia los demás rincones oscuros de la calle. En aquel momento, lo que le hacía falta era confianza, compostura. Delicadeza—. No conozco las reglas del lugar, pues acabo de llegar a Ryokō Owari desde la capital, por petición oficial del Campeón Esmeralda.

El jefe del crimen sonrió, y sus dientes relucieron en la penumbra. En un gesto cargado de mala educación, señaló a Yojiro con su pipa.